

# SOPA DE LETRAS

(CONTINUACIÓN)

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA  
Perales del Puerto (Cáceres).

## XIV HISTÓRICO

Muy malo estaba el tío Jesús. Pero como el hombre se agarraba a una tabla con tal de no morir, en vista de que el médico del pueblo le había desahuciado, decidió hacer un viajecito a Madrid para que lo viese un famoso especialista en vías urinarias. Animábase en su intención un su cuñado, único familiar cercano, grandemente interesado en la salud de su pariente, no tanto porque desease verle restablecido de sus males como por saber a ciencia cierta cuánto tiempo tardaría en finiquitar sus días, puesto que, no teniendo hijos el Jesús, su regular hacienda, que le permitía vivir con desahogo, pasaría íntegra a su poder y le sacaría de apuros, que hartos le agobiaban desde que se casó y se cargó de hijos, a los que mantenía con un jornal. La cosa era natural.

De Madrid volvieron. El enfermo, desesperado, con un diagnóstico de cáncer de vejiga inoperable, y el cuñado, poniendo una cara larga, en la que las comisuras de la boca se plegaban en cóncavo inferior hasta casi tocar con el ángulo de la mandíbula. Bien demostraba su sentimiento por la desgracia del Jesús.

Era cosa de congraciarse con él hasta el último momento. Y, aunque escéptico, supo ver cuánto inclinaba a su favor el ánimo del enfermo todo aquello que le pudiese proporcionar una remota esperanza, siquiera de alivio.

Aparte de las novenas y cirios, que corrían de su cuenta, haciendo un grave sacrificio económico, del que pronto se resarciría, un día, cuando más le angustiaban los sufrimientos, le dijo:

—Mira, Jesús. Me acaban de decir que en Salamanca hay una curandera que te puede poner bueno en un santiamén.

No andaba el Jesús muy de la devoción de los curanderos, sobre todo desde que fracasara el de Santa Cruz, que le recetó un cocimiento de vejigas natatorias de peces de río en agua.

—Si bien se considera—arguyó su cuñado—, el fracaso no fué del remedio, sino de la imposibilidad en que nos vimos para prepararlo. El curandero bien supo lo que recetó; pero como necesitábamos cinco libras de vejigas, y sólo logramos hacernos con poco más de un cuarterón... Y eso que ya pescamos unas cuantas arrobas de peces, ya lo creo...

¿Quién no se ase a una esperanza, por absurda que sea? Que no obliguen las circunstancias como obligaron al Jesús.

Y a Salamanca se fueron a visitar a la curandera del Arrabal.

\*\*\*

—¿Qué tal os fué?—preguntábale el médico cuando, un mes más tarde, se encontró con el cuñado.

—Pues ya usted ve. Un poco mejor parece que se encuentra. ¡Pero anda que si usted supiera las fatigas que hemos pasado para cumplir con lo que la curandera nos mandó! Y eso que yo soy poco escru-

puloso... Bueno; mi cuñado tampoco me anda a la zaga. Y lo peor fué...

—Vayamos por partes. Dime qué os dispuso.

—Verá usted. Y no crea que los remedios que nos dió no valen bien los cincuenta duros que nos llevó; que bien se habrá quebrado la cabeza para dar con ellos. Nos dijo que lo primero era que tomase durante quince días, por la mañana, en ayunas, los huesos machaos de diez ranas hembras. Trabajillo nos costó juntarlas, y no estoy bien seguro de que todas lo fueran y no se colara algún macho. El pobre Jesús es quien lo pasaba más malamente, porque los huesos le debían saber a rayos. Yo, al fin, me comía la carne guisá. Peor fué entodavía lo de los gatos...

—¿Gatos? ¿Y eso?

—Casi na. Que teníamos que ponerle a manera de cataplasma, renovada cada veinticuatro horas y durante once días, la metá de un gato partío en canal sobre lo bajo de la barriga, dejándosela bien sujeta. Me ha dao más pena... Porque, se me olvidaba decir que la cataplasma tenía que ser de gato soltero.

—Esa sí que es buena. ¿Cómo te las arreglabas para saber que el gato era soltero?

—Hombre, así, así, como las presonas, vamos al decir, no me creo yo que sería. Lo seguro es que se tratara de gatos que entodavía no hubieran tenido na que ver con las gatas.

—Siendo así, ya es cosa más fácil.

—Sí, señor, pero hasta cierto punto, porque nos ha proporcionao un disgusto muy gordo. Porque nosotros teníamos en casa un gato que era una hermosura. De soltero, era del único que teníamos seguridad de que lo fuera, porque era nuevo. Gordo, con un pelo lustroso y más cazador... Total, que me dice mi mujer: «Este no lo matamos. Vaite a buscar por el pueblo y compra seis gatos, al precio que sea.» Y como si nos hubieran echao una maldición, pues que no encontramos más que cinco, que por ser nuevos le hiciéramos tragar a mi cuñado que eran solteros. Que él estaba presente cuando los matábamos y no lo podíamos engañar. Así que cuando llegamos al sexto, pues que no tuvimos más remedio que echar mano del nuestro.

—Qué se le va a hacer, hombre. Si de algo le ha servido...

—Así nos lo parece. Y tan siquiera, menos mal que lo dejamos pa la última cataplasma.

—No comprendo. ¿Qué más daba el primero que el último?

—No ha caído usted en la cuenta. ¿No ve que había que ponerle once cataplasmas, y de cada gato salían dos y matamos seis gatos?

—Sí, hombre, sí. Se desperdió medlo gato. ¿Y qué?

—Pues ahí está la cosa. Que como el gato nuestro lo dejamos pa lo último, pues que no se desperdió na. ¿Quién mejor que nosotros sabía lo limpio y lo sanito que estaba? Por eso no hubo desperdicio ninguno. ¡Menuda merienda nos pegamos yo y la mujer!